

EL ESTUDIANTE.

PERIÓDICO SEMANAL DE CIENCIAS Y LITERATURA,

DEDICADO Á LA JUVENTUD ESTUDIOSA DE ESPAÑA, Y REDACTADO POR VARIOS JÓVENES.

EN MADRID.

Tres reales al mes. **Ocho** trimestre.

Se suscribe en la librería de Bailly-Baillière, calle del Príncipe, número 11, y en la Administración, calle del Gato, número 1, cuarto tercero de la izquierda.

EN PROVINCIAS.

Diez reales trimestre.

Remitiendo el importe en sellos ó libranza por medio de carta franca á D. Isidro Zapata y Mora, calle del Gato, número 1, cuarto tercero de la izquierda.

ADVERTENCIA.

Desde este día queda trasladada la Administración á la calle del Gato, núm. 1, cuarto tercero izquierda.

SECCION CIENTÍFICA.

BREVES CONSIDERACIONES SOBRE LA GEOLOGIA.

El estudio de la naturaleza nos revela la omnipotencia, la perfección y sabiduría impenetrables del Ser Supremo; nos da á conocer á Dios por sus obras y por sus actos.

LIEBIG.

El grande y sublime cuadro que la naturaleza nos presenta no ha podido menos de ejercer en el corazón humano, en todos tiempos y aun en los mas bárbaros, el sentimiento de lo maravilloso; y sin embargo de esto, una de sus ciencias, cuyo estudio es de sumo interés, ha sido menospreciada hasta hace muy pocos años. Hablamos de la geología.

Nada mas justo, nada mas natural que elevar á una altura digna el estudio de esta ciencia, que nos da á conocer la estructura y composición del planeta que habitamos; que nos pone de manifiesto las causas ó agentes poderosos á que se deben esos grandes y terribles cataclismos que trastornan nuestro globo, y que en cada hecho, en cada fenómeno, reconoce un poder sobrenatural, al cual venera y acata. Desgraciadamente no ha sucedido así hasta estos últimos años.

Y no se crea por esto que hemos carecido de hombres sábios y profundos que hayan cultivado

el bello y espacioso campo de esta ciencia; porque millares de genios caídos al mundo para admirar la obra perfecta del Omnipotente conocieron bien su destino sobre la tierra; vieron por sus necesidades que todo habia sido creado para el hombre; que este era el ser mas perfecto de los demas, y que como tal debia constituirse rey de la creación. Reconocieron ademas la gran utilidad que el estudio de la geología reportara á la sociedad bajo diferentes aspectos; y estos millares de genios, cuya inmortal memoria se cernerá sobre los tiempos, con sus portentosos descubrimientos, dejaron á las generaciones venideras una huella bien marcada que seguir.

Pero todo fué en vano, porque vino una época (cuyo recuerdo nos entristece) en que las ciencias todas bajaron su cerviz ante la ciega ignorancia y el fanatismo; y la geología, que mas en oposición directa se manifestaba al espíritu de aquella época, quedó amarrada á las pesadas cadenas de los errores y preocupaciones de sus profanos.

¡Ya no hay genios investigadores de la naturaleza, porque no hay descubrimientos que hacer, ni hechos y fenómenos que admirar!

Creíase que esta ciencia, por la íntima relación que guarda con la sagrada Biblia, venia á ponerse en directa oposición con los libros inspirados, y que cuantos se dedicaban á su estudio eran otras tantas inteligencias estraviadas, cuyo principal objeto era confundir el Génesis con nuevos descubrimientos. Ved por qué cesan de interrogar á la naturaleza las causas de sus hechos y fenómenos, y abandonados á la imaginación y al capricho los explican acomodándolos á la causa que defienden.

Ved también por qué los descubrimientos de los grandes genios se estrellan contra los innumerables escollos que les presentan, y ved por último que



los investigadores y explotadores de la naturaleza son perseguidos como hechiceros, y no pocas veces cómo mueren mártires en las sacrosantas aras de la ciencia.

Muy justa, muy noble y muy natural era la causa que sus enemigos creían defender, puesto que se encaminaba á fortificar las verdades evidentes de nuestra santa religion; pero no dejamos por esto de conocer y sentir los innumerables errores á que daban márgen los estravios de sus imaginaciones; y si por una parte su celo por la religion los enaltece, no sucede así por los servicios que le hayan podido prestar despreciando esta ciencia.

Verdad es que estaban cubiertos por un denso manto de ignorancia, que hasta cierto punto los pone á salvo del movimiento retrógrado por el que la geología ha pasado; pero no comprendemos cómo la han dejado dormir por tanto tiempo en las tinieblas, mayormente cuando su estudio lejos de ser hostil á la religion se presta su defensor, dorando con su luz las páginas de los sagrados libros.

Ninguno mejor que el geólogo puede reconocer la bondad, poder y sabiduría del Supremo Hacedor, porque necesitando el conocimiento de las demas ciencias naturales, él solo puede admirar cómo con determinados elementos haya podido formar un mundo que por doquier solo ostenta hermosura, grandeza y armonía. El solo, internándose en la naturaleza y constituido mero observador é investigador, puede contemplar cuánta regularidad existe entre las causas y sus efectos; y por último, juzgando al autor por sus obras, ninguno con mas motivo puede tributar eterno homenaje al Dios que las creara.

Ved, pues, que lejos de manchar el geólogo (como algunos creen) con sus nuevos descubrimientos las verdades fundamentales de nuestra religion, rasga á esta el viejo sayal que la cubre, y la engrandece y embellece con la purísima luz que se destaca de los innumerables testimonios que encierra esta ciencia.

El geólogo mejor que nadie puede enarbolar el estandarte de la fé é inscribir como el emblema de su vida: *Deus scientiarum dominus est.*

ISIDRO ZAPATA Y MORA.

SECCION LITERARIA.

Nuestro apreciable colaborador, el conocido poeta gallego don Manuel Santos Arcay, nos re-

mite el siguiente artículo, que con mucho gusto insertamos en nuestro periódico:

RECUERDOS DIDACTICOS.

¡Es muy temprano!

Las perladas gotas del rocío abrillantan las hojas de las plantas como un adorno de lujosa dama.

La naturaleza es la dama de la creacion.

Los amables pajarillos saludan con clamoreo universal y en armonía melodiosa al alba del nuevo día.

El mundo es el teatro del hombre, y los canoros pajarillos los artistas de Dios.

Los céfiros, vagando por entre la floresta, toman de esta flor un aroma, de aquella otro muy distinto, que combinados embriagan al hombre con ese *no sé qué* de aliento de esperanza y de ventura. Así las almas, vagando por este triste valle, forman, con ese aromático consuelo de la oracion y la fé, esperanza risueña de otra vida y el lisonjero encanto del misterio.

Es muy temprano; pero un resorte escondido me agita; una voz de argentadas vibraciones me dice: «Ve, ve por el campo, corretea con la gacela, examina con el lebrél y edifica con el castor. Ve, como el filósofo, á estudiar el por qué de las cosas; como el historiador, á decirnos *hubo esto*; como el poeta, á cantar las maravillas de la creacion; como el poeta, el filósofo y el narrador, á elevarte un momento á la gloria de Aquel que presta la pluma al uno, al otro el talento, la inteligencia al otro.»

. Me confío á la ignorada voz que me lleva á lo bello.

Es un oasis, arrobadora estancia, brisas de dulcedumbre, embalsamada flora, murmurador arroyo y una nota de paz... ¿á dónde está la huri?...

El plátano estiende sus largas hojas como los brazos de una amorosa madre á sus queridos hijos. El sauce vive del arroyo, como el justo vive de la fé, y el ciprés nos dice *siempre*.

¿Quereis llorar el presente ó el pasado, porque jamás se llora el porvenir, que es verde como lo que se espera, ¿quereis llorar?... Buscad el sauce babilónico; ¡el árbol de los sepulcros os hará llorar!...

Dejad las lágrimas para tantos instantes como hay en la vida consagrados á ellas. ¡Dejad ese árbol de brazos caidos y hojas lacrimales, y corred trás la ilusion!

La ilusion se os presenta vestida de sensitiva. Estamos en el verjel. La sensitiva es la flor que no se puede tocar, porque muere en la realidad de nuestras manos.

La ilusion es la vida del incrédulo; la sensitiva es la vida del jardin.

Allí el jazmin me brinda el placer en esfluvios de vehemente aroma. Como el placer es efímero, el jazmin convida, seduce y muere, como muere todo lo que se dice *ser* sin el hálito de Dios.

Por todas partes encuentro cuerpos que impresionan adrede la vista y el olfato. Fragancia y gentileza por doquier.

Me fascina una rosa por su lozanía. He tocado la rosa y dejó en mi mano espinas. Las espinas me hicieron sangre. No hay rosa sin espinas. No hay belleza sin tortura en su posesión. Y si la sangre perdida nos hace suspirar, perdida la esperanza de lo bello, ¿qué nos queda? (1) Llanto en el corazón, sangre en el alma.

De repente argentino y trinador acorde me sorprende en éstasis de amor á lo desconocido. ¡Ah! ¡qué buenos son los pajarillos para cantar la vida de ultratumba, recordarnos un cielo sobre el fango del vicio y la pasión, para anunciar la gloria del Altísimo!

El ruisenior suspira y se lamenta como el que en tierra extraña, sin algo el corazón, se lamenta y suspira por la patria.

El gilguero canta felicidad, mas no la enseña.

La calandria en sostenidos rápidos nos dice *todo pasa*.

Mil pintados y sensibles polluelos del bosque y del espacio repiten el *hosanna* de los tiempos ante su Criador, y saludan la aurora.

Por esta plácida floresta corre un río cuyas magestuosas y sonoras aguas van á parar al mar. ¡Como esas aguas incoloras vuelan los pensamientos, se deslizan los seres en este triste valle! Una vez germinado un pensamiento, ya no vuelve, y nuestras pobres almas se engolfan sin cesar en el centro común: ¡la eternidad!...

¡Ah! Si el céfiro se aviene con guirnalda vitales de misteriosas flores y las roba el aroma que convierte en placer; si el céfiro las besa y las arrulla, ¿qué nos cuenta?... Su eterno confidente ni canta sus placeres ni aplaude sus amores; solo llora su fin.

Y ahora que se plega en mis vestidos, ¿qué me dice?

Su hora ya pasó.

MANUEL SANTOS ARCAY.

BALADA.

Descansa al arrullo lánguido
De mi canción,
Que mientras duermes, solícito
Vela mi amor.

ANTONIO ARNAO.

I.

¿Por qué lloras, pobre niña? Sola, en medio de una noche oscura, ¿quién es la causa de tu llanto?... ¿No tienes un lugar seguro donde retirarte y estar al abrigo del viento?

(1) La rabia del desamor y el suspiro del infierno.—
(Arolas.)

—¡Ay, soy muy desgraciada!

—¡Tú desgraciada! Tú que apenas tienes edad para conocer la desgracia, para comprender que exista; tú, rosa delicada que aun no has visto el Mediodía; bella flor que aun se ve en tus hojas brillar el rocío de la mañana; avecilla tierna, sencilla paloma que aun no sabes que hay halcón, que no has visto al ave de rapiña estender sus negras alas y sus sangrientas uñas sobre tu inocente vida... ¿Has perdido á tu amante? ¿Te han abandonado quizás en medio de esta soledad?... Dime, ¿por qué lloras?

—¡Ay, lloro un amante ingrato!

—¿Un amante ingrato?... ¡Pobre niña!... Olvidale, sí; olvidale... Quien ha sembrado una flor y la deja secar por no regarla todos los días, merece el olvido de la flor si ha encontrado quien la ayude á vivir; pero si la sensible planta sucumbe... ¡ah, si muere, entonces debe tener igual recompensa, debe sufrir la misma suerte!... Pero, imposible; no se comprende que haya hombres cuyo corazón abrigue tales sentimientos.

—¿De veras? ¿Es verdad que los hombres son buenos? ¿Es verdad que no cabe en ellos tal ingratitud? ¡Ah, me habré engañado! Es imposible, sí; no puede ser que Aurelio, tan cariñoso, tan amante, de un corazón tan noble, de un alma tan grande, haya despreciado á su Amalia. ¡Oh! sí; me quiere; le estoy viendo dirigirme una sonrisa dulce y amorosa... Gracias; me habeis devuelto á mi amante, y con él la paz, el alma, la vida... ¡Ay! recuerdo que me ha dicho con palabras envueltas en una risa que me mataba... ¡Amalia... te desprecio!! Fijé mis ojos en él... y caí como una palmera cuando es cortada de un solo golpe... Desperté, miré á mi alrededor, y no ví á nadie; me levanté y corrí en busca de él, como un loco corre furioso en busca de su razón... En vano fué; me había abandonado; me encontraba sola, sin mas compañía que mi dolor, sin una persona á quien dirigir mis melancólicos acentos... hasta el vientecillo que hacia oscilar suavemente las hojas de los árboles había cesado; hasta la luna se cubrió de nubes; hasta el riachuelo que nunca cesa de murmurar quedó entonces mudo... ¡y yo lloraba, y las lágrimas abrasaban mis mejillas, y nadie contestaba á mis gemidos!...

Una niña haciéndose paso por entre un bosque de flores, se puso delante de Amalia.

—Hermana mia, no llores; habrá sido un sueño; haz por olvidarle; y aun cuando fuera cierto, ¿no consideras que si él, si Aurelio te ve en ese estado, se reirá, se gozará en tu desgracia?...

—¡Ah! no, no; llorará también; se le desgarrará el corazón al verme derramar lágrimas; sufrirá mucho; y luego, no pudiendo resistir tal sufrimiento, se acercará á mí, me tenderá sus brazos y me amará como antes.

—Mira, Amalia, querida hermana, no llores mas, que vas á hacerme llorar... ¿Quieres que vayamos

á sentarnos al pié de aquella palmera que ves tan elevada? Sí; allí descansaremos y yo te contaré una historia que oí á nuestra madre...

—¡A nuestra madre! ¡Pobre madre mia!

—Eso es; ahora te aſije tambien el recuerdo de nuestra madre; pues ten entendido, hermana mia, que si no fuera por el cuidado que tiene de nosotras, seriamos muy desgraciadas... Hace pocas noches soñé... ¡aun no te lo he dicho!! Vamos debajo de la palmera y te lo contaré; es un sueño muy bonito... ¿Quieres? Ea, vamos.

Comenzaron á caminar estas dos tiernas criaturas. Lucía conducia de la mano á Amalia. Parecian dos vírgenes de aquellas que vemos cruzar ante nuestros ojos cuando soñamos la felicidad. La luna entonces estendió sus dedos de plata y apartó con ellos á un lado y á otro las nubes que la cubrieran. Llegaron al lugar indicado, y se sentaron sobre el verde césped... Amalia callaba, pero aun rodaba de vez en cuando alguna lágrima por sus mejillas. Así se ve en la puesta del sol que en una nube de rosa aparecen algunos puntos blancos, que nadie diria eran otra cosa que las huellas del ángel que la formara.

—Amalia; ¿quieres oir mi sueño? ¿quieres saber lo que vi? Pues vi á... nuestra madre.

—¡A nuestra madre! ¿En dónde? ¿Qué hacia? ¡Yo tambien quiero verla!

—Hermana mia; ya te he dicho que estaba soñando, y si bien dicen que los sueños... no deben creerse, yo esto lo creo. Siempre quisiera soñar como entonces. Atiéndeme... La ví sentada en un trono de flores; pero no vayas á creer que eran flores como estas: eran como aquellas que nuestro confesor decia que crecen en el cielo... ¿No te acuerdas?... Mas alta que ella y en otro trono mucho mas hermoso estaba una señora muy bella con un niño en brazos que se sonreia, y las dos hablaban, y hablaban de nosotras...

—¿De nosotras! ¿Qué dices?... ¿Qué habian de hablar de nosotras?

—¿Qué?... Nuestra madre oí que le decia: «Cuidad de ellas; tienen un corazon muy tierno, un alma muy buena; son mis queridas hijas Lucía y Amalia. Y la otra señora se sonreia... ¿Quién piensas tú que era aquella señora tan bondadosa?... Pues era... la Virgen.

—¡La Virgen! Recémosle, pues nos oirá. La palmera conducirá nuestra oracion hasta ella. Y juntas pusieronse arrodilladas, y á un mismo tiempo murmuraron una tierna oracion.

Mientras en silencio oraban comenzó un ruiseñor, encima de una rama que cubria su cabeza, á entonar una de sus sentimentales endechas.

—¿Oyes, Amalia? dijo Lucía á su hermana en voz baja.

—Cállate, respondió Amalia en el mismo tono.

Las niñas se animaron; bañó sus rostros una espresion de alegría.

—Nuestra madre nos le ha enviado para con-

solarnos, añadieron ambas á un mismo tiempo; ¡roguémosle que nos le envíe siempre!...

.....

II.

Al pié de una palmera cuya cúspide parecia querer arrebatar su trono al águila, crecieron dos flores, una blanca y otra azul. En ellas se veia continuamente un ruiseñor. Cuando se posaba en la azul, animaba con sus cantos el bosque... Cuando se sentaba en la blanca entonaba tan tristes himnos, que parecia quererse marchitar la flor; pero unas gotas puras y trasparentes que caian en sus hojas las reanimaban... Eran lágrimas de una paloma blanca que lloraba en lo mas elevado de aquella palmera. Las flores simbolizaban á Amalia y Lucía. La paloma era su madre, que habia descendido del cielo para hacerlas florecer con sus lágrimas.

GERONIMO LAFUENTE.

A LA SEÑORITA ELISA

Poesia.

Hijo soy del Turia humilde

Y cuna me dió Teruel;

En él pasé de mi infancia

La dulce vida primer.

Pobre niño, en las riberas

Del rio quise poner

Una infantil vírgen lira

Que en mi corazon hallé;

Y de una madre adorada

Al aliento postrimer,

Con voz sollozante y tierna

Triste sonata canté.

Allí con mis hermanitas,

Niñas huérfanas tambien,

Niñas, pedazos de mi alma,

Cabe lánguido ciprés,

Pedimos al Turia suave

Nos permitiera envolver

En sus sentidos rumores

Nuestra elegía novel.

Al fin salí de mi infancia

Y con amores soñé;

Entonces ¡ay! de mi lira

Que llanto cantó una vez,

Arranqué sonos profanos,

Ecos de amor arranqué.

Adolescente que mira

El cielo por vez primer

Y de la vida el encanto

Siente en sus venas, canté:

—Mio es el cielo—me dije—

Mio es el mundo tambien,

El mundo, el cielo, los hombres,

Las mujeres, el placer.—

Y entre ilusiones de fuego

Sentí dos años correr

De exaltados desvarios

Apurando la embriaguez.

El patrio horizonte mío

Ví muy estrecho después,

Y—fuera, dije; *otro cielo*,

Más armonía y placer,

Más luz, más ancho horizonte,

Más vida, más embriaguez.—

Pájaro de ráudas alas,

Otro vuelo levaté,

Y en el corazón mi lira,

Me dí á volar y á correr

Buscando goces violentos

Lejos de aquella estrechez

Que guarda á mis hermanitas

Y que me viera nacer.

Llegué aquí, saqué mi lira

Del pecho do la guardé,

Templéla y solté sus ecos

Más luz pidiendo otra vez,

Que no, no basta á mis ansias

El cielo que aquí miré,

Pues perdida en laberintos

Mi mente, veo que no es

La armonía de este cielo

La que al soñar contemplé.

Ahora envío una lágrima

Al Turia manso, y no sé

Si la pondrá en sus rumores

El que arrulló mi niñez.

Este soy, Elisa; quiero

Y no sé más que querer,

Y lo que quiero no esplico,

Y lo que quiero no sé.

Nacido en el Turia humilde,

Su cuna me dió Teruel,

Y en él pasé de mi infancia

La dulce vida primer.

MARIANO PONZ.

Damos con gusto cabida en nuestras columnas á la siguiente poesía que de Santiago nos ha remitido el jóven gallego don Eduardo Pondal:

A mi amigo Claudio Fernandez Vazquez, que me pregunta cómo me va de esperanza, amor, salud y fortuna.

Soto moravo cielo
Bella natura langue,
Ne ricompone il sangue
Puo all' egro prigioner.

S. PELLICO.

¿En qué region esconde

De mí sus dulces ojos la esperanza?...

¿Dónde te has ido, dónde,

Puerto de azules ondas y bonanza?...

Virgen hija del cielo, compañera

De mis errores juveniles, fuente

Que brota entre los palmas del desierto,

Sobre cuyo cristal resplandeciente

He visto errar mi porvenir incierto,

Díme: ¿qué fué del velo

En que escondias tu inmortal belleza?

De aquel que coronaba undoso pelo

De negras espirales tu cabeza?...

¿Qué del ardiente anhelo

Que enseñaste á tender al pensamiento

Hasta el silencio del azul del cielo?...

Del vencedor acento

Como el primer suspiro que alzó el viento

Bajo las alas del tranquilo vuelo

Del águila que cruza el firmamento?...

Pasad, pasad, mujeres vaporosas,

De fuego el labio lleno,

Coronada la frente de oro y rosas,

Donde el amor derrama su veneno:

Cabellos relucientes,

Tranquilos ojos de fulgor sereno,

Relámpagos ardientes,

Pasad, mujeres, sílfides rientes

De tersa frente, de espumoso seno.

Para mis cortos dias y dolientes

Quédanme el genio y su brillante historia,

Generosa ambicion de alta memoria,

Sueños tan adorados como ausentes;

Adios por siempre, adios, mundana escoria,

Presente digno á venturosas frentes,

Anchas coronas de esplendor y gloria.

Un libro acaso á las virgíneas galas

En adorar prefiero;

Mi alma perdió sus abrasadas alas,

Y el corazón el ímpetu primero:

Los trabajos ¡ay Dios! me van llevando

Al río del olvido;

Navio el rojo lino desplegando,

Por contrapuestos vientos combatido.

Arde en vivos relámpagos el polo,

La distancia borró la patria orilla,

Llaga el timon mi temblorosa mano,

Y ante mis ojos formidable brilla

En su esplendor terrible el Océano.

¿En dónde no he probado los rigores

De mi adversa fortuna?

Cuando aun no entendia sus furores,

Ya su víctima fui desde la cuna.

Todo me arrebató mi adversa suerte;

Los vivos resplandores

De la imaginacion, y la inocente

Calma del corazón y sus colores,

Y el sereno mirar resplandeciente

Y la pálida flor de mis amores

Para siempre perdí!... Mi enferma frente

Inclinase al pesar descolorida,

Y ni aun pude aplicar mi labio ardiente

Sobre el azul torrente de la vida.

EDUARDO PONDAL.

REMITIDO.

EN LA RIBERA.

Era el 8 de setiembre cuando busqué la ocasion de admirar las campiñas mas fértiles y encantadoras que se aproximan á la antigua Compostela y capital de Galicia, ciudad que encierra en su seno monumentos llenos de las perfecciones del arte, por sus adornos que tanto contribuyen á embellecerlos, por la majestad que les cubre como un recuerdo de su primitivo rango, que la historia ensalza y que la generacion presente reconoce con la mayor veneracion, y como baluartes inespugnables que pasarán á la posteridad para dar una fiel idea de la grandeza y del esplendor de nuestras antiguas glorias.

Este paisaje en que la naturaleza desplegó sus alas vivificadoras llenando los espacios de un céfiro dulce y bullicioso que convida al pasajero á descansar para disfrutar de los placeres que le adornan, dista tres horas de la ciudad que hemos mencionado, y se denomina la Ulla, cuyo nombre recibe el caudaloso rio que baña este pais bendecido por la mano de la Providencia, siendo su estension de unas 20 leguas, distancia que forma un paraíso variado siguiendo la corriente de este raudal que todo lo fertiliza y que va deslizándose hasta llegar á Padron, en donde mezcla sus dulces aguas con las amargas de la mar.

Llegué á esta ribera antes que la aurora del dia señalado descubriese su resplandor por el horizonte. El manto de la noche próximo á desaparecer me habia acompañado con su silencio misterioso, que llena el alma de tristeza y melancolía, pero que produce á veces una emocion grata, llena de esperanzas. Tal vez la idea que me conducia á este pais que bendigo, que no acierto á describir como quisiera, como merece su posicion mágica, voluptuosa, sería la causa de mi entusiasmo en medio de la oscuridad. La luna, cubierta de nubes muy compactas, no engalanaba el tránsito con su luz blanquecina, y cuando se dejaba descubrir era por cortos intervalos, que bien pudiera comparar con las ilusiones de la vida. En rededor de mí no habia mas que sombras; pero la brisa de la mañana, que ondeaba agitando las ramas de los árboles y las yerbas aromáticas, el dulce rumor de las fuentes que por doquier esparcian su rocío, daban valor á mi espíritu y aceleraban mi marcha.

¡Cuán grato es el descanso al terminar una precipitada escursion, libre ya de los azares que á veces persiguen al viajero que entre las tinieblas de la noche y la soledad de los bosques camina por terreno montañoso!... Buscando, pues, aquel consuelo me dirigí á una de las casas aisladas del puente Ulla, que por su arquitectura y capacidad parece mas bien un palacio del feudalismo que al través de tantos siglos se conserva para recuerdo de aquellos habitantes, ó un castillo que

les sirve de defensa. Su poseedor, hombre honrado é instruido, me hospedó brillantemente, y comprendí que sus deferencias eran nacidas del corazon.

Un tranquilo sueño que se habia apoderado de mí me hizo recobrar las fuerzas perdidas en tan activa y penosa jornada. Desperté, y ví resplandecer el azul del firmamento con la luz del dia 8 de setiembre, que reflejaba formando perlas y brillantes sobre el rio tranquilo y cristalino, estendiendo á toda la ribera sus rayos bienhechores, su influencia vivificadora que hacia entonar himnos de alabanza á la naturaleza, á este eden que estaba al dominio de mi vista, é impulsado por la admiracion unia mi voz á la suya, que el eco repetia diciendo: «Yo te bendigo, Providencia; te rindo homenaje por los dones que nos dispensas; dignate, pues, recibir los sentimientos de amor y gratitud que nuestros corazones te elevan...» Y todo se agitaba... las copas de los árboles se movian dulcemente... los arroyos murmuraban con la corriente de sus aguas... y las aves con armoniosos trinos completaban esta belleza sublime llena de gratas emociones.

(Se continuará.)

JOSE MASCAREÑAS Y HERNANDEZ.

VARIEDADES.

REVISTA DE TEATROS.

Grande, muy grande animacion ha habido durante la última semana en el coliseo del Circo; y á fé que ya nos aburrían y nos ponían de mal talante las repeticiones del malhadado *Hijo de la noche*. Por fin este ruidoso y detestable melodrama ha desaparecido de nuestra escena. Enhorabuena vayan el buen duque de Scila y el incomparable Ben-Leila, aunque segun parece de mala guisa se han alejado de la corte, y plegue á la diosa Talía que tales y pasmosos abortos de imaginaciones *marítimas* no vuelvan á representarse en nuestro teatro, siquiera sea por respeto al arte de Calderon y Lope de Vega y al público bonachon y resignado.

Pero como todas las cosas tienen su orden riguroso en este mundo, natural era que á la desaparicion, con gesto avinagrado y entrecejo fruncido de aquel *hijo de la oscuridad*, sucediera la aparicion de una luz brillante, arrebatadora.

Hablamos de la última produccion del señor Larra, de esa flor sencilla cuyo aroma creemos estar aspirando siempre que inclinemos la rodilla ante la agonía del sol, impulsados por esa voz secreta que nos dice: «rezad.»

Efectivamente, *La oracion de la tarde*, drama de amor, de religion y de caridad, drama melancólicamente sagrado, escrito con la impalpable, lánguida y angustiosa luz del sol que espira, ha ele-

vado al señor Larra á un lugar altamente distinguido en la república de las letras. Meditado sin duda entre la vaga inmensidad del último crepúsculo, llena el alma de afecciones secretas, místicas, flotando la imaginación en un mundo religioso, donde solo se aprende á sentir y á orar, el señor Larra ha conseguido dar á su drama sentimiento y religión. Don Diego de Mendoza, protagonista de la producción, coloso doliente, árbol secular y gigante, cuyas hojas obliga á caer al polvo una enfermedad lenta, una especie de maldición; este coloso, que siente dolorida el alma á impulsos de un algo que debe ser una historia amarga, se dispone á derramar la sangre del que causara su dolor eterno, del que obligara á batir las hojas del árbol gigante, y á las sagradas palabras del Evangelio «orad y perdonad» siente menos amargo su dolor, menos aguda la enfermedad lenta, y en medio de la triste luz del crepúsculo, elocuente poema de religión, historia santa de emociones sagradas, al oír el triste sonido de la campana, que dobla su cabeza al polvo y levanta su corazón al cielo... ora y perdona.

El argumento sencillo y progresivamente interesante, la fluidez, facilidad y armonía del verso y lo bien sostenido de los caracteres, todo constituye un drama de gran valía, el mejor en nuestro concepto de cuantos hasta ahora ha escrito el hijo del malogrado Fígaro.

Si hay algún claro que no puedan pasar por alto escrupulosos críticos, ¿qué importa ante el conjunto de bellezas que encierra el drama?

Nosotros nos hemos dejado arrebatar por el torrente que nos ha inundado, y al salir del coliseo hemos dicho profundamente entusiasmados: «El drama es bueno, es bello, es moral, y su autor ha añadido una elegante flor al jardín de nuestra literatura dramática.»

Y al llegar aquí no podemos menos de dejar consignado que los actores han comprendido perfectamente su destino, especialmente el señor Romea, que ha salido de su indolencia periódica, haciendo recordar que es un gran actor.

Lo contrario al teatro del Circo ha sucedido en Novedades. Después de la preciosa producción del señor Rivera, nos ha regalado la del señor Sobrado, acerca de la cual... ya saben algo nuestros lectores.

En el Príncipe parece que han concluido por ahora *Las querellas del rey Sábio*, drama del señor Eguilaz que ha merecido justamente los elogios de la prensa y el entusiasmo de los madrileños.

La Zarzuela, después de *Los Maggyares* y *Azon Vizconti* con que ha vuelto á llamar la atención esta semana, nos ha dado *El dominó negro*, obra de la que no podemos ocuparnos en esta revista por estar á punto de entrar en prensa nuestro periódico.

Se nos olvidaba. Parece que en el Príncipe vamos á ver un drama nuevo arreglado á nuestro teatro por un aplaudido escritor, y cuyo título es

Odio de raza. Consta nada menos que de cinco actos y siete cuadros.

Según el título, este drama debe ser furibundo.

MARIANO PONZ.

HISTORIA DE UNOS AMORES

QUE LE IMPUTARON AL ESTUDIANTE.

Concluimos EL ESTUDIANTE y yo de comer, y muy fervorosamente dábamos gracias á la Providencia por habernos deparado aquel frugal refrigerio, cuando oímos llamar á la puerta.

—Ve quién es, y no abras hasta que te dé el santo y seña, no sea que algún ratero quiera asaltar nuestra bohardilla.

EL ESTUDIANTE marchó á abrir, y entró precedido de un caballero que con tono brusco exclamó:

—¿El señor de Tres-Pelos? (1).

—Servidor vuestro, exclamé levantándome y quitando con el dedo meñique la ceniza á una cola de un coracero que había hallado EL ESTUDIANTE en la escalera.

—Quisiera hablar con Vd. de un asunto muy importante.

—Tome Vd. asiento, dije indicándole la única silla que quedaba.

El caballero se sentó; EL ESTUDIANTE estaba de pie, y yo me senté también.

—Ante todo, ¿tendré el honor de saber quién es Vd?

—Me llamo don Venancio Bruto ó el capitán Crudo, esposo de doña Bárbara de Animal.

—¡Ah! ¿Conque Vd. es el capitán Bruto?

—Sí, señor.

Efectivamente, el señor capitán debía tener muy malas pulgas, y el apellido creo que le era muy propio.

—Y bien, le contesté; ¿el objeto de vuestra visita?

—El objeto de mi visita preguntádselo á este caballerito, dijo señalando al ESTUDIANTE.

Este al encontrarse frente á frente con la mirada del señor Bruto, exclamó pálido:

—¿A mí?

—Sí, á Vd., que es Vd. un hombre mal educado, un libertino que se ha atrevido hasta á introducir por debajo de la puerta de mi casa una carta, y una carta que habla de amor. Vd. intenta manchar mi honra, y me verá obligado hasta á romperle á Vd. el bautismo, si es necesario.

El capitán Bruto lo parecía tanto, que creí que iba á comerse al ESTUDIANTE.

—ESTUDIANTE; ¿es verdad lo que dice este caballero?

—No, señor Tres-Pelos; este hombre está loco; ¿enamórame yo? ¿hablar yo de amor? ¿y á quién?

—¿Y á mí me lo pregunta Vd? ¡vive Dios! —Y el señor Bruto crispó los puños; Tres-Pelos tem-

(1) Cuarto apellido de Cabellos.

bló, y el Estudiante se puso livido.—¿Conque niega Vd. que ha escrito una carta á mi hija, á la señorita Leona Bruto de Animal?

No pude menos de sonreirme al oír los románticos nombres de la familia del señor Bruto.

—¿Yo una carta, y á vuestra Leona? Caballero; no me irriteis, porque soy capaz de tragarme...

Y EL ESTUDIANTE temblaba como un azogado.

Yo no las tenía todas conmigo, y estaba atisbando la puerta, no por miedo, sino porque no se armara un alboroto... Además, soy partidario de los refranes, y me acordaba de aquel que dice: *la mejor razon la huida*; y luego el señor Bruto tenía una manera de decir las cosas, que hubiera metido miedo hasta al Convidado de piedra.

—No tengo ganas de gastar mas saliva.—Esto diciendo, el señor Bruto se levantó.—Hasta mañana. Hoy tengo prisa; pero ó se comerá Vd. la carta que ha escrito á mi Leona, ó le romperé catorce crismas.

Y el señor Bruto pegó tal portazo, que creí se hundía la habitacion.

EL ESTUDIANTE ya se desmayaba, y yo rezaba el *miserere* creyendo que habia llegado mi última hora.

Por fin volvimos de nuestro estupor, y pregunté al ESTUDIANTE si era cierto lo que habia dicho el señor Bruto.

—No, señor Tres-Pelos; yo no conozco á la Leona; es una calumnia.

(Se continuará.)

TRES-PELOS.

Por la seccion de Variedades,
el Secretario de la Redaccion,

MODESTO FERNANDEZ Y GONZALEZ.

GACETILLA.

Leed y reid. Ha llegado á nuestras manos por casualidad la siguiente epistola, que por lo curiosa creemos llamara la atencion.

Hé aquí este notable escrito:

«Nemesio rompo mi voluntaz contra tu desposicion para saber el motibo para no esgribirme qisiera el saber el motibo osite ecometido alguna falta de muestrame por que no qisiera mas que saberlo. Nemesio ymita nuestra botuntaz contra la tuia y de tu esposa que rreziba una especial norabuena de parte de elbira y mios que bos estimeis como Dios alos discipulos.

Pordata. Nemesio aras el fabor de estar con antonio el de lubian y le azes estas preguntas como que salen de ti y le dices que si measgrito alguna carta y de que forma y para quien benia el sobre porque me an dicho muchos disparates escarba tu y arranca palabras de el por ber como se muestra su placer contra et mio en ti pongo mi situacion por ber como se esplica y si le bieses le dices pues io tube una carta de ella diciendo lo siguiente qisiera que meman daras unas letras de modo que fuesen emitadas alo esgrito sobre el asunto en que se alla y esto que te encargo azlo mas pronto que puedas y le daras muchas memorias a el y tu recibelas de estos amigos que bien te quieren y berde sean asta la muerte y le daras esprisiones á tu esposa de nuestra parte y tu recibe el coracon dees te que bien te quiere y desea tu bista tu perfeuto amigo. Eugenio.

Pordata. Dispensa la letra que ha de prisa que meestan guardando para des pachar el pan de la Tropa.

Pordata. No te procates si escribes pues io ia no puedo perder mas abusion por que tengo los animales es perando por el escaldan. Eugenio.

No sabia mas. Un extranjero recién llegado á esta corte dirigió á un amigo suyo residente en Las Rozas una carta, cuyo sobre decia así:

«A Mr. L.....»

Imperrensa del fero-caril del Norte.

En la Rusa de Madrid cerca de España.»

Soy yo mejor figura. De Astorga nos remiten la siguiente composicion en que el autor se retrata á sí mismo:

Soy mas feo que el fraile Platiquillas:

Ostento por cabeza una alquitara;

Soy chato, verdinegro, y en mi cara

Campean colesales dos patillas;

Mi boca por lo enorme hace cosquillas;

Mi nariz es un mango de cuchara;

Mi barba es un punzon, barba tan rara

Cual no se vió de Irun á Tordesillas;

Mis brazos son dos aspas de molino;

Mis piernas son delgadas como un huso;

Mis dedos son varillas de abanico;

Y tengo una joroba... ¡Dios divino!

Cual no la vió el francés, el sardo, el ruso;

Y aun así yo me tengo por buen chico.

A. L. ASITUA (en las aulas)

El Br. Garzo Morondanga.

No era tonto. Anoche un pollo, en la calle de la Montera, acompañando á su Dulcinea, en uno de esos momentos de verdadera improvisacion amoril, exclamó:

—¡Jezú, qué cuerpo tan facultativo tienez! Toa la farmasia, toa la química zeria capaz de dezcubrir tuz zecretoz. Erez el Galeno de mi vida y el Hipócrates de mi corazon. ¡Bendita zea tu alma!

Alerta, aldeanitas. Le preguntaron á una paleta en cierta tertulia si le gustaban los idiomas, y con suma candidez contestó:

—Para principio he comido hoy medio idioma, y me ha gustado sobremanera.

Y hablando luego del huracan que se dejó sentir estos dias, dijo la misma lugareña:

—¡Qué huraperro tan fuerte!

¡Qué gusto! Llegaba á un pueblo gente extraña en tiempo de revolucion, y mientras se miraban sorprendidos varios patanes, dijo uno:

—¿Qué hay de nuevo?

—Ceviles con bolras coloradas.

—Cá, contestó un chato; si son los misioneros impleaos en el hierro-carril y en el teladegrafos.

Similes. ¿En qué se parece un avaro á un niño?

En que todo le parece poco.

—¿Y un parlanchin á un cazador?

En que carga.

—¿Y un juez á un jugador de tresillo?

En que falla.

—¿Y la cabeza de un orgulloso á la bolsa de un gacetillero?

En que está vacia.

El Secretario de la Redaccion,

MODESTO FERNANDEZ Y GONZALEZ.

Editor responsable, D. JOSE DE LAS HERAS.

MADRID, 1858.

IMPRENTA DE TOMAS NUÑEZ AMOR,
calle de las Conchas, núm. 3.